

RECENSIONES

Central America. Human rights and U.S. foreign policy. Dermot Keogh (editor). Irlanda: Cork University Press, 1985, 168 páginas.

El Jean Donovan Memorial Committee fue establecido en Cork, Irlanda, en 1984 para organizar conferencias anuales en recuerdo de la entrega martirial de Jean y sus compañeras. Las primeras ocho conferencias pronunciadas son las que se publican en este libro, junto con una selecta bibliografía, todo ello ilustrado con cuadros de pintores latinoamericanos.

La primera conferencia es de Thomas E. Quigley, asesor para los asuntos latinoamericanos de la conferencia episcopal norteamericana. Es una breve presentación del papel de la Iglesia en Centroamérica que coloca en su contexto histórico el trabajo y la entrega de Jean Donovan y sus compañeras.

Las demás conferencias que constituyen el núcleo del libro, tal como lo indica el subtítulo, están dedicadas a la política exterior de Estados Unidos en Centroamérica. Walter LaFeber, profesor de historia norteamericana en la Universidad de Cornell, ofrece una apretada pero esclarecedora perspectiva histórica de las intervenciones norteamericanas en el área. A lo largo de esta triste y humillante historia de 150 años, la política exterior norteamericana siempre ha op-

tado por la estabilidad contra la justicia. La explicación más fácil de esta opción es su crónico y visceral anticomunismo. Sin embargo, la perspectiva histórica sugiere que la aversión de los norteamericanos a los procesos revolucionarios latinoamericanos tiene menos que ver con el comunismo que con su histórica aversión a los cambios fundamentales.

Esta tesis viene corroborada por el aporte, también en carácter histórico, de Dermot Keogh, profesor de historia de la Universidad de Cork, quien presenta un análisis de la participación de Estados Unidos en el golpe de Estado salvadoreño del 15 de octubre de 1979 y su subsiguiente fracaso. El dato fundamental es que nada cambió después del golpe. Keogh argumenta históricamente contra la fantástica imagen de ese golpe presentado como inspirado y promovido por Washington, organizado por oficiales jóvenes liberales moderados el cual rompió notablemente con el pasado y lanzó una lucha por reformas básicas y transformaciones democráticas.

La evidencia disponible sugiere, en primer lugar, que Washington no se sintió feliz cuando supo del golpe. Los oficiales jóvenes fueron considerados en Washington un riesgo para la seguridad de la región y su solución política fue considerada peligrosa por su apertura, es decir, por la posibilidad de cierto acercamiento a la izquierda.

En segundo lugar, Washington estaba en contacto con José Napoleón Duarte para recrear el centro. Duarte mismo se opuso al movimiento por considerarlo demasiado radical y porque él mismo no fue tomado en cuenta. En tercer lugar, las opciones eran entre la derecha y la extrema derecha y Washington escogió la primera, dirigida por Abdul Gutiérrez, Guillermo García y Vides Casanova. Los tres fueron ayudados por Washington para infiltrar a los militares golpistas hasta que la situación quedó en sus manos completamente. El artículo está bien documentado, utiliza una variedad buena de fuentes, pero depende mucho de la versión de uno de los participantes en el golpe de Estado.

Las posturas oficiales están representadas por las intervenciones de Peter Barry, ministro del exterior de Irlanda, y por William H. Luers, embajador de Estados Unidos en Checoslovaquia con experiencia en América Latina. El primero expone sumaria y concisamente la postura europea frente a Centroamérica, subrayando las diferencias existentes respecto a la visión y opción norteamericanas. El segundo ofrece la típica postura norteamericana, es decir, no tiene ninguna vergüenza en afirmar y mantener la necesidad de la hegemonía imperial sobre la región. Pese a todo es una buena exposición de ese peculiar punto de vista.

El aporte de Bill McSweeney, director del departamento de estudios para la paz en la escuela irlandesa de ecumenismo, con sede en Dublín, complementa la perspectiva última al explicar cómo se ha usado la moral para justificar lo injustificable en política exterior. El hecho en las relaciones internacionales es que el altruismo no es ninguna opción. Los estadistas no tienen mandato alguno para colocar los principios éticos delante de los intereses nacionales. Los superpoderes no están comprometidos ni con los derechos humanos ni con la justicia social, sino con minar el sistema social rival para lo cual sobreviven mejor estos principios que otros.

La breve presentación de las conclusiones del informe de la comisión Kissinger, a cargo de Aníbal Romero, profesor de ciencias políticas en la Universidad Simón Bolívar de Caracas, llevan al lector al principio del libro. Kissinger y su comisión ofrecen más de lo mismo, más ayuda económica y militar, acompañada de una retórica más vigorosa sobre el compromiso, hacia los derechos humanos y la democracia entendida en términos amplios. La contradicción más impor-

tante y dañina radica en el intento de reconciliar los objetivos de promover la seguridad y el cambio democrático en la región con la ayuda de unos militares no reformados.

Finalmente, Dermot Keogh recoge todos estos aportes planteando la pregunta de si la opción para Centroamérica es continuar siendo una república de bananos o de balalaikas. Keogh cree que hay una tercera alternativa, pero Washington puede carecer de la imaginación y del coraje de comprenderla hasta que ya sea muy tarde.

R.C.

Robert Kastenbaum, *Entre la vida y la muerte*. Traducción de Antonio Martínez, Barcelona: Editorial Herder, 1984.

En la vivencia actual de este mundo civilizado, la muerte ha recobrado un gran interés no por las implicaciones sociales que pueda tener y de hecho tienen las diversas formas de muerte, sino por lo que ésta puede significar en términos de una vida "más allá."

Explicar qué es estar clínicamente muerto no es el punto central de la obra de Kastenbaum, sino tratar de encontrar un sentido a través de diferentes experiencias relatadas por las personas que en un momento de su vida han sido declaradas muertas acerca de ese momento de transición entre la vida y la muerte.

A lo largo de la obra se presenta una serie de narraciones que comienzan con los antecedentes, el momento en que las personas son declaradas muertas, hasta llegar al estado de recuperación total de la vida y el nuevo significado que ésta ha tomado.

Los sujetos cuyas narraciones se presentan poseen una serie de características diferentes en cuanto a su preparación, nivel socio-económico, edad, estructura familiar, tipo de antecedente que les llevó a la experiencia de la muerte. Sin embargo, tales experiencias han sido estudiadas científicamente, guardando la objetividad requerida por la ciencia, apartando el misticismo o consideraciones divinas o religiosas, para mantener su científicidad.

El enfoque de esta obra no es estrictamente clínico; lo que pretende es dar una visión sociohistórica de lo que se supone que sucede en el preciso instante en que se es declarado muerto.

Es interesante hacer notar que las narraciones destacan ciertos elementos constantes: el

deseo de "salvar la vida;" haber visualizado imágenes, unas grotescas, otras no, que parecían más un sueño sin mayor transcendencia, escenas ni buenas ni malas. Luego, una cierta tensión provocada por los que les rodeaban, pues parecían transmitir un constante sucumbir a la necesidad de sentir que comprendían lo que ocurría y que claramente no comprendían y que ni el mismo "declarado muerto" entendía. Por otra parte, mantenían algo así como un diálogo consigo mismo y, algo más, después de un tiempo, experimentaban la sensación de dejarse llevar hacia un largo viaje, lo cual es sumamente atormentador. Por último, el haber salido de ese trance les ha llevado a una reevaluación particular del sentido de su vida y a replantear su jerarquía de valores para adaptarse a su "nueva vida."

La obra en conjunto puede servir al lector para compartir tales vivencias y aprender de ellas de tal forma que la idea generalizada del "temor" a la muerte se modifique, como también la creencia de que necesariamente en el instante de transición el moribundo sufre; además, es posible que, en la medida en que haya más investigación científica que respalde este tipo de estudios, el mito de una vida más allá nos ayude a comprender qué es la muerte y a enfrentar la propia o la de nuestros seres queridos como el hecho natural que es.

M.A.

Teófilo Cabestrero. *No los separó la muerte. Felipe y Mary Barreda. Esposos cristianos que dieron su vida por Nicaragua*. Santander: Sal Terrae, 1985, 254 páginas.

"Entre cristianismo y revolución no hay contradicción" se afirma, se grita y se vive en Nicaragua. Para algunos es una consigna más fruto de la propaganda de un gobierno totalitario, el cual en su afán de dominio sobre la vida de inermes ciudadanos esclavizados, ha irrumpido también en el sagrado campo de la conciencia para imponer una "nueva religión" secularizada, un ateísmo materialista.

Para otros, sin embargo, la consigna es un ideal utópico, un imposible puente de palabras fáciles que pretender unir lo históricamente irreconciliable. Hasta ahora ni los unos ni los otros

se han convencido no lo harán porque emplean teorías llenas de prejuicios o experiencias de otros países y de otros tiempos rememoradas con la convicción de que la historia se repite.

Frente a unos y otros, este libro narra dos vidas tan unidas que no las separó ni la muerte. Esta historia puede ayudar a muchos que no conocen la realidad de Nicaragua —o la conocen de lejos— a entender cómo superar la contradicción aparente entre cristianismo y revolución. A entender que no es una mera consigna, sino que es vida. La vida de esta pareja y la vida de otros muchos que vienen detrás y que son raíces de una nueva realidad. Aquí se demuestra una vez más que la mejor teología es la narración y el mejor argumento es siempre la vida.

Felipe y Mary no son un caso excepcional ni único. Pero en esas dos vidas se condensan muchos elementos importantes de la historia de Nicaragua que se han convertido ya en un símbolo.

Teófilo Cabestrero ha trabajado en Nicaragua desde 1980. En octubre de 1983 se le encargó recoger palabra por palabra los testimonios que permitieran reconstruir las vidas de Felipe y Mary. La vida de estos esposos habla por Nicaragua, por su revolución y por su Iglesia. Con paciencia y constancia Teófilo Cabestrero a trazado el cuadro que narra estas vidas para la historia.

El libro presenta dos realidades nicaragüenses conmovedoras. La primera es que entre cristianismo y revolución no hay contradicción; y la segunda, la guerra impuesta a Nicaragua por Estados Unidos. "El Muerto" y quienes violaron hasta el agotamiento a Mary son "los paladines de la libertad" de quienes con tanto entusiasmo habla Reagan. Esta es la guerra civil que hay en Nicaragua: una guerra que privilegia emboscadas y ataques a civiles indefensos, sólo posible por las interminables fronteras de tierra que Nicaragua comparte con Honduras y por los dólares norteamericanos.

Teófilo Cabestrero escribe para testificar la muerte y la vida de Felipe y Mary porque ellos muestran verdades esenciales que están en juego hoy en Nicaragua para el mundo y para la Iglesia (13), y porque en los testimonios sobre estos esposos ha visto brillar con fuerza virtudes cristianas fundamentales: "debo decir que he visto brillar la fe de Mary y de Felipe, antes y más allá de la revolución, antes y más allá del hecho de ser ellos revolucionarios. Y la he visto brillar tam-

bién así en su manera de ser revolucionarios, en su vivir y actuar en el proceso de Nicaragua” (13).

El lector podrá apreciar por sí mismo esta realidad revolucionaria y cristiana, pues Teófilo Cabestrero se ha limitado a montar los testimonios sin comentarios. Los hechos hablan por la voz de los testigos. De este modo, buscó a los esposos Barreda entre sus amigos íntimos. No le interesa la biografía del matrimonio, sino las huellas que dejaron en sus amigos. ¿Qué sentimientos y acciones han permanecido más vivos en la memoria de los testigos cercanos a su existencia diaria? ¿Qué influencia han ejercido en las convicciones y en los comportamientos de esos testigos su vida y su muerte? Se trata, pues, de buscar las presencias en medio de las ausencias.

El autor buscó con especial interés a esos amigos porque ellos revelarían dónde el amor de la fe cristiana de Felipe y Mary no quedó reducido a los límites de su opción política partidista. Este punto le pareció de vital importancia para dilucidar la aparente contradicción entre cristianismo y revolución. Uno de los testigos recogió las siguientes palabras de Felipe, quien siempre consideró que como cristiano nunca daba la talla, “como cristiano yo nunca voy a llegar a dar la talla y como revolucionario, aunque no dé la talla ya me dieron el carnet que significa ser revolucionario” (103).

Para completar el cuadro de testimonios, Teófilo Cabestrero estaba interesado en oír de labios revolucionarios no cristianos respuestas a algunas preguntas como las siguientes, ¿cómo veían y juzgaban la fe y la vida cristiana de dos revolucionarios cristianos como Felipe y Mary? (68).

También buscó el retrato de familia hablando con los hijos por medio de quienes intenta llegar a la intimidad de los esposos Barreda. En la misma línea recogió asimismo el testimonio de los sacerdotes que los conocieron.

Siempre desde los tiempos de Jesús, la novedad de Dios, lo más digno de fe, ha sido lo más difícil de creer: lo imposible de ver. El escándalo que ignora la buena noticia hecha historia. Por eso hay que tener los ojos limpios para ver a Dios abriendo camino, “no sólo en la vida y en la muerte de estos esposos cristianos, sino en tantas vidas y muertes, cambios y procesos en los que no acertamos a ver nada positivo” (14). Sin embargo, esos hechos novedosos y salvíficos nos

juzgarán un día, “nos reclamarán tanta presencia y gloria de Dios menospreciadas o ignoradas por escasez de discernimiento y de fe.”

R.C.

José Ignacio González Faus. *La libertad de palabra en la teología y en la Iglesia. Antología comentada*. Santader: Sal Terrae, 1985, 168 páginas.

Con esta colección de argumentos de autoridad y de ejemplos de conducta, González Faus demuestra que la libertad cristiana ha sido un hecho, a pesar de tantos pesares, de hoy y de siempre, y que ese hecho no puede ser enterrado ahora que soplan vientos restauradores e involucionistas. Más en profundidad, González Faus anota con gran propiedad, esta colección permite admirar la justeza de las palabras de Gregorio Marañón, “el mérito de la verdad no es casi nunca de quien la dice, sino casi siempre de quien sabe escucharla.”

El “puñado de ejemplos,” tal como los llama González Faus con su lenguaje ya tan característico, que constituyen el fundamento de este libro, está estructurado en cuatro partes. La primera parte recoge los hechos, todos los cuales se derivan de uno sólo y fundamental, el evangelio no deja vivir tranquila a la Iglesia. Los autores de todas las críticas citadas eran eclesiásticos irreprochables. Varios de ellos santos canonizados. Deliberadamente González Faus ha prescindido de otras páginas de la literatura como el *Elogio de la locura* de Erasmo, porque no pretende acusar a las personas, sino llorar el estado de la Iglesia (59). En ninguno de los autores citados se encuentra temor alguno a escandalizar al pueblo con sus críticas de tal modo que eso les lleve a abstenerse totalmente de éstas; al revés, varios reconocen que el pueblo está escandalizado ya con los hechos. Finalmente, González Faus nota que la mayoría de los autores citados habla de una época histórica anterior a los derechos del individuo, a la democracia y a la libertad de expresión.

En la segunda parte del libro se exponen las razones que tuvieron San Columbano (600), Catalina de Siena, Tomás de Aquino, Tomás Moro, Agustín de Hipona, E. Mersch, Y. Congar, K. Rahner, D. Rops, Juan Crisóstomo y H. de Lu-

bac para proclamar la libertad dentro de la Iglesia.

Establecido el hecho y su justificación, queda una tercera parte, a pesar de todo no cualquier crítica a la Iglesia es legítima ni válida. Para serlo ha de cumplir unas condiciones que González Faus considera útil establecer. Tales condiciones son necesarias porque la crítica no por ser legítima deja de ser peligrosa. Y su mayor peligro no es la manipulación, sino el caer en la superioridad despectiva (117).

Finalmente, González Faus hace un balance general distinguiendo entre la época anterior y posterior al Concilio de Trento. En los textos más antiguos la crítica a la Iglesia se hizo desde el evangelio y no simplemente desde la cultura ambiental. Este punto de referencia hizo incensante la crítica al convertirla en obsesión por una pureza escatológica y, en este sentido, imposible. Su justificación radicaba en la propiedad universal del evangelio. Al convertirse en problema de responsabilidad no estaba dirigida sólo a los jefes, y por ese punto de referencia tenía posibilidades redentoras. Como la gente que más apela a la tradición sólo se refiere en realidad al siglo pasado, esta referencia al evangelio es una lección a aprender por los modernos críticos de la Iglesia (135).

Los temas predominantes son la pobreza y la riqueza porque "los pobres son los señores de la Iglesia y su criterio de identidad" (136) y la autoridad, contra una imagen de autoridad con-

taminada por las riquezas de este mundo y contra el modo absolutista de ejercerla.

En los textos posteriores al Concilio de Trento, cuando la Iglesia se sintió atacada desde el exterior, al replegarse sobre sí misma, algunos comenzaron a sentir la necesidad de una reforma profunda. Aunque resuenan los temas antiguos, el capítulo más recurrente es el eclesiocentrismo. Una Iglesia oficial que ya no es de misioneros, sino de funcionarios, no corrompidos, pero sí instalados, y por eso mediocres (144). Los elementos teológicos de la crítica afirman que "la Iglesia no deja de ser santa por el hecho de ser criticada, sino que su santidad la obliga a escuchar la crítica. Y el crítico no es santo por el hecho de hacer la crítica; pero por ser Iglesia, está obligado a hacerla santamente" (145).

Por último, González Faus se pregunta qué dirán sus autores hoy y aquí. El problema de fondo sigue siendo la conversión de toda la Iglesia al mensaje evangélico sobre la autoridad, la desacralización de la autoridad y su inversión en servicio (157). En segundo lugar, la Iglesia debería estar junto a aquellos y por delante de aquellos que hacen lo posible por aportar a este mundo un poco más de justicia y solidaridad. La Iglesia debería perder su voz y sus manos no cesando de clamar y de mostrar que su Dios está del lado de los pobres y oprimidos.

R.C.